



2. La lección de don Milani (y mi historia) razones para una plena rehabilitación

Pietro Ichino (Milán)

Entrevista a Pietro Ichino a cargo de Agnese Fedeli, destinada al *Messaggero di S. Antonio*, feb. 2012, y recogida por el *Corriere* como artículo el 18.4.2014.

Señor Ichino, ¿en qué circunstancias conoció a don Lorenzo Milani?

—Ocurrió así. Antes de entrar en el seminario, aún en los años 30, Lorenzo Milani estuvo muy unido a una prima de mi madre, Carla Sborgi. En los años 50 mi madre leyó su libro *Experiencias pastorales* y le afectó profundamente; compró muchos ejemplares al editor para dárselo a conocer a sus amigos. El editor informó al autor de esta compra de inusuales dimensiones [unos 70]. Así se reanudó la relación entre ellos. Mis padres ofrecieron a don Milani todo el apoyo que pudieron. Y él comenzó a aprovecharlo pidiendo hospitalidad para una decena de muchachos de su escuela, a quienes pretendía llevar a Milán para conocer una gran ciudad. Por todos los rincones de nuestra casa se repartieron muchos colchones por el suelo. Yo me incorporé al grupo en la visita a la fábrica Pirelli-Bicoca y en algunas otras. A Barbiana fui varias veces, pero más tarde.

¿Cuántos años tenía?

—Su primera visita a Milán fue en 1958, cuando yo tenía nueve años.

¿Con que asiduidad se relacionó después don Milani con su familia?

—Había un intercambio frecuente de cartas. Mis padres estaban muy interesados en satisfacer todas las demandas que don Lorenzo les enviaba con frecuencia, sobre todo de libros, pero también de otras herramientas útiles para

la escuela. Cuando venía a Milán, obviamente, no se quedaba sin venir a vernos, solo o acompañando de sus muchachos.

¿Qué tipo de relación tenía con estos muchachos?

—Siempre de una gran simpatía. Pero, a decir verdad, con ninguno de ellos he tenido nunca una relación de especial intensidad. Era siempre don Lorenzo la persona sobre la que se centraba toda mi atención. Me fascinaba profundamente.

He leído que fue la enseñanza de don Milani quien le empujó hacia la actividad sindical y hacia el derecho. ¿Por qué, aunque frecuentándole esporádicamente, su enseñanza ha sido tan fuerte?

—Me acuerdo todavía como si fuese ayer de aquella vez en que quiso marcarme como con fuego. Creo que fue en 1960; había venido a saludarnos, estábamos todos —él, mis padres, mis hermanas y yo— en el hermoso salón de nuestra casa de vía Giotto; y él, a quemarropa me dijo, con un gesto circular para señalar todo aquél bienestar: “de todo esto todavía no tienes la culpa; pero a partir de los dieciocho años empieza a ser pecado, si no lo restituyes todo”. Creo que fue en aquel momento cuando se decidió el que yo no fuese a trabajar al despacho de mi padre [Luciano, abogado], sino al sindicato. Lo que hice ya un año antes de licenciarme, para permanecer después en la CGIL [central a la izquierda de la CISL]

durante diez años seguidos. Todavía hoy, algunas veces me pregunto por qué nunca puedo decir que no a quien me pide un encuentro, una lección, un escrito, ni más que muy raramente me permito media jornada de auténtica vacación; no he terminado aún de restituir, y no terminaré nunca. Porque “Pierino”, el de *Carta a una Maestra*, yo lo era entonces, y “Pierino” he seguido siéndolo toda la vida; no he buscado nunca privilegios, pero los privilegios siempre me han buscado a mí. En 1979 —hacia diez años que trabajaba a pleno tiempo en la CGIL— no moví un dedo para que me enviaran al Parlamento; pero estaba escrito que debía ir yo, porque sabía alguna palabra más que mis compañeros de partido y sindicato. Y más tarde, la cátedra en la Universidad, mi espacio en los periódicos, de nuevo la elección al Senado en 2008, que tampoco la busqué yo de ningún modo. Así, por más que trate de quitarme la deuda, la obligación de restitución derivada de aquel “aviso” de don Lorenzo hace cincuenta años, nunca ha desaparecido; incluso, aumenta de continuo.

Leyendo la biografía de Neera Fallaci destaca la figura de don Milani como “monarca” absoluto en su escuela, el hecho de que él siempre era “el maestro” en Barbiana. ¿También lo era de alguna manera fuera de la escuela? ¿Lo era también en Milán?

—Siempre hacía escuela, cuando



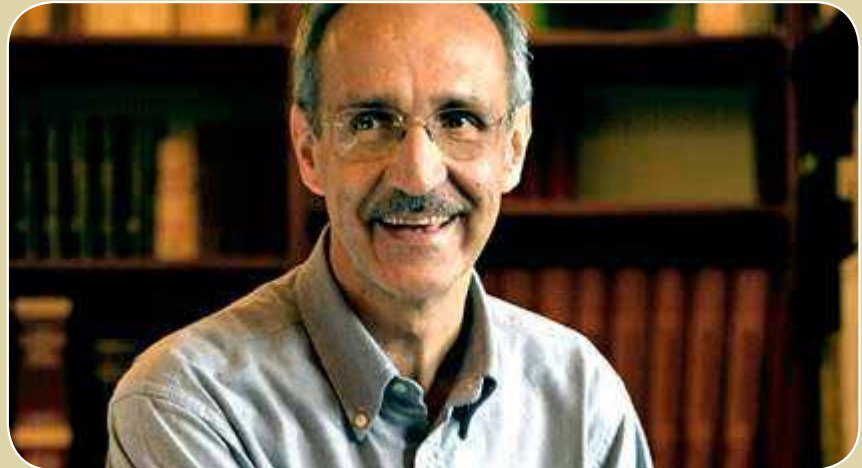
venía a Milán con sus muchachos, durante doce o dieciséis horas al día: paseando por la ciudad, visitando los monumentos y lugares cruciales de la historia y de la vida de la ciudad, aunque más interesado por la historia social que por la política. Las materias durante esas visitas eran siempre y principalmente dos: la historia y la política social. A cincuenta años de distancia, ya no comparto mucho del comunismo integral que inspiraba la visión del mundo de don Lorenzo; sin embargo, algunos aspectos de su enseñanza, me parece que ni siquiera los ha tocado mínimamente el paso del tiempo. Uno de ellos es la teorización de la posesión de la lengua como fuente de poder y, de la escuela, como instrumento para socavar la desigualdad de clases. Otro es su consideración sobre los límites éticos del derecho de propiedad; decía: “santo Tomás enseña que *in extremis omnia sunt communia*; y todo es cuestión de establecer dónde está el umbral del *extremum*, de la emergencia social”. Don Lorenzo nos enseñaba a ver siempre en el sufrimiento humano, y sobre todo en el originado por la injusticia social, el *extremum* que pone en cuestión todas nuestras avaricias.

¿Se acuerda de cuáles fueran sus lugares preferidos en Milán?

—No, no sabría indicar uno sólo de sus lugares preferidos. Una cosa es cierta, estaba más interesado en los lugares de trabajo que en los monumentos.

¿Qué recuerdos tiene de sus visitas a Barbiana, en el Mugello?

—Barbiana era un lugar impresionante por la distancia que lo separaba del mundo *civilizado*. Llegar allí era toda una aventura: el camino aún era de tierra y lleno



Pietro Ichino.

de baches; y la electricidad había llegado desde hacía muy poco. Pero al mismo tiempo era un lugar impresionante por el fervor de vida civil que, a pesar del aislamiento, don Lorenzo había logrado que allí naciera. La casa donde hacía escuela estaba llena de instrumentos destinados al aprendizaje de los muchachos, desde los libros al astrolabio, al tocadiscos, al proyector, a los murales de la pared...

¿Cómo se tomaban los muchachos estas visitas llegadas del exterior?

—Los recuerdo como muchachos muy abiertos, simpáticos, llenos de sentido del humor. Allí uno se reía con frecuencia: incluso de las diferencias en nuestra manera de vestir, de hablar, de estar en la mesa. Nunca escuché por parte de ellos las referencias críticas hacia la riqueza que oía frecuentemente a don Lorenzo. Él los educaba a subrayar siempre, irónicamente, lo que ellos tenían por encima de nosotros, los chicos de ciudad. Porque no quería que tuviesen ningún complejo de inferioridad. En efecto, no lo tenían: era yo, en todo caso, quien echaba algo de menos respecto de ellos, por el hecho de no poder estar todos los días en aquella escuela, con aquel maestro.

Don Milani estaba convencido de que la experiencia de Barbiana no era exportable fuera de aquel contexto.

¿También a Vd. le parece así? ¿Por qué?

—Exportable, no: don Lorenzo, con su personalidad y su total dedicación de maestro, “era” la escuela. Pero creo que la experiencia de Barbiana puede ser hoy actual de alguna manera: la urgencia educativa que don Milani ya advirtió en los años 60, en un contexto de campesinos y montañeses pobres y aislados, hay que afrontarla ahora en realidades caracterizadas por otras graves formas de pobreza y marginación — pienso en las periferias urbanas degradadas, en el vacío de valores que, un poco por todas partes, lleva a los jóvenes a llenarlo con alcohol, droga, “desmadre”. Estas realidades reclaman educadores apasionados y rigurosos, una escuela que esté a la altura de su función. Ante este desafío, el de don Lorenzo es un testimonio importante al que mirar para recuperar el sentido de “hacer escuela”, a pesar de la diferencia de situaciones y problemas.

(*Corriere della Sera*
18.4.2014) ■